

**ENORME**

HA SIDO EL ÉXITO OBTENIDO POR EL PRIMER LIBRO DE

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRÁFICA

**LOS HIJOS  
DE NADIE**

CUYO ASUNTO HA  
CAUSADO SENSACIÓN.

PRONTO  
APARECERÁ EL SEGUNDO LI-  
BRO DE TAN SUGES-  
TIVA BIBLIOTECA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-BARCELONA

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**N.º 70**

**25 cts.**



LA  
QUINTA  
AVENIDA

por  
Lucy Dorain  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono, 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 70

---

---

**LA QUINTA AVENIDA**

Emocionante drama de gran espectáculo,  
interpretado por la genial artista

**LUCY DORAINE**

MARCA: — FORLIGN - PICTURES - VIENA

CONCESIONARIOS: JULIO - CESAR, S. A.

PASEO DE GRACIA, 32 = BARCELONA

---

Argumento de la película de dicho título

\*\*\*\*\*

— Hijo mío, he aquí los poderes que te confiero. Desde este momento, en que pasas á ser mi colaborador, empieza para tí lo serio de la vida. Procura ser en todo trance, como yo, un hombre recto.

Así hablaba el multimillonario neoyorquino Horace Howard, á su hijo Fred, á quien acababa de nombrar, ante su notario, apoderado

de sus negocios como Presidente del Trust Petrolífero.

Fred tenía alrededor de los veinticinco; un carácter franco y muy predispuesto al bien. Sin orgullo, á pesar de lo que pudieran dar á suponer los millones de su padre, parecía, mejor que el hijo de un potentado, un descendiente de familia modesta. Ni en sus gestos ni en sus palabras se reflejaba la vanidad que produce el saberse excesivamente rico. En una palabra, Fred era un buen muchacho.

La confianza que le dispensaba su padre haciéndole intervenir en sus asuntos comerciales, la agradecía Fred con toda la vehemencia de sus ansias de lograr asentarse por sí mismo en la base del prestigio personal. Y á ello tenderían todos sus esfuerzos desde el acontecimiento que le permitiría el honor de alternar su firma con la de su padre, cotizándola á idéntico valor.

No era sólo Fred quien festejaba en su corazón su precipitado ascenso á las altas esferas de las finanzas, sino también una simpática señorita, de unas veinte magníficas primaveras y con unos ojos brillando á cegar en un hermosísimo rostro. Su nombre: Mabel. Posición social: taquí-mecanógrafa del señor Howard.

Como que la simpatía atrae, Fred no había dejado de ver los encantos de la secretaria de su padre, y un interés que creció á cada nuevo cambio de palabras, agradabilizó los instantes de coloquio que les deparaba alguna que otra ausencia del señor Howard.

Conocido lo que precede, no es de extrañar

que, á escondidas del padre y del notario, los dos jóvenes se dieran las manos para comunicarse su mutua satisfacción.

Archibaldo Fletcher, agente de negocios al borde de la ruina por una vida anormal, pasaba graves apuros para disimular su precaria situación. Uno de sus acreedores, exigente y enemigo de demoras, fué á reclamarle el pago de cierta cantidad producto de una venta de valores que le había encargado.

—No puedo esperar ni un momento más el reintegro de mis fondos y le ruego pues cancele mi cuenta.

—Se ha alarmado usted demasiado respecto de mí. Es verdad que he sufrido serios quebrantos particulares, pero los ruidos que corren en Bolsa son exagerados. Yo puedo pagar; sólo que preciso unos días...

—En este caso, deme una garantía.

—Tome estas acciones petrolíferas... A fines de semana pasaré por su despacho á recogerlas y liquidar con usted.

Aceptó el acreedor y al salir del gabinete del agente de negocios se cruzó con una elegante dama que no le pareció ser nada bueno.

—¡Ah, vamos!—dijo para sus adentros el escamado acreedor—. Indudablemente, aquí deben haber venido á parar los fondos que confié á Fletcher.

Y se fué, murmurando contra cierta clase de mujeres que ejercen una maléfica influencia en los hombres más cuerdos que, embabecados con ellas, suelen ser los más tontos.

No había cometido error el malicioso acreedor al suponer aquélla de esas para las cuales

la vida no tiene reverses mientras existan hombres que atiendan los compromisos contraídos con los proveedores, pues esa mujer que entraba á ver al agente cuando el otro se marchaba, era Nelly Birch, su «amiga», bailarina en uno de los music-halls de la ciudad. El objeto de su visita, dentro de las horas de oficina, puede suponerse: reposición de existencias.

Fletcher tenía una debilidad culpable para esa mujer y sin mucha energía la preguntó:

—¿Otra vez más dinero, Nelly?

Ella, desentendiéndose de objeciones y pretextos, insistió en su demanda:

—¿Con qué quieres que pague mis vestidos?

—Mujer, tú ya sabes lo que me está pasando. Déjame respirar y te prometo salir pronto de este atolladero. Te daré el dinero que tú quieras... pero espera unos días.

—No seas ridículo. No me vas á decir que no te queda encima ni para saldar estas cuentas. Anda, compláceme, Archibaldito.

—Ahora no puedo. Iré á verte así que arregle ciertos casos.

—Esto significa que me rehusas tu ayuda. Está bien. No me esperaba eso de tí.

—Pero mujer... ¿no comprendes?

—Alíviate, chico.

—No te enojas... Ven... Atiende.

—¡Ponte bueno pronto! ¡Adiós!

Nelly cerró tras sí con violencia la puerta del despacho de Fletcher y éste, agobiado por la penuria en que se agitaba su cerebro, se precipitaba en el torbellino de la desesperación y sólo una luz iluminó las tinieblas de sus

ideas: solicitar la protección de su tío, que era casualmente el notario del señor Howard.

Le visitó en su domicilio y lo puso al corriente de su ruina requiriendo su benevolencia en su favor.

—¡Basta de historias! ¡Ya te he ayudado bastante! —le contestó el notario con indignación.

—Es la última vez que le pido dinero. Además se lo devolveré.

—¡Vete al diablo! Estoy harto, hartísimo de tus calaveradas y se acabó, se acabó como se tenía que acabar: no importándome ni un ardite lo que hagas. ¡Yo ya no te doy ni un céntimo más!

—Si supiera lo que me sucede, tío, no me negaría...

—¡Niego, niego, niego! Cese ya el sermón. Yo soy tu tío pero no una caja de caudales. Bastante has abusado.

—¡Hasta la familia me abandona! ¡Es increíble!

—¿Hiciste acaso tú algo que no nos perjudicara á todos? ¿A qué nombras la familia ahora, después de haberla pisoteado sin consideración?

—Me está usted humillando encima, y no lo olvidaré.

—Estoy tranquilo.

—Yo ya no sé lo que digo. Perdóneme y por lo que más quiera sálveme. ¡He entregado unas acciones en prenda que pueden serme reclamadas de un momento á otro!

—Es inútil, Archibaldo. Mis oídos ya no te

escuchan. Tú tienes la culpa, muchacho, y lo siento...

Desalentado por la negativa de su tío, y no contando con otros medios para pagar sus deudas, Fletcher, para evitarse la cárcel, se agarró á la única pavesa que, fuera de la familia, se le ofrecía, y en su busca fué.

Se trataba de Nelly, la bailarina. Ella, si era cierto que le quería, aunque á su manera, no le dejaría á merced de su desventura.

La vió en el camarín del music-hall.

El recibimiento que ella le hizo no pecaba de expresivo.

Ella creía que le llevaba dinero, para reconciliarse.

Y él la defraudó.

—Espero de tí un gran favor, Nelly... Que me dejes tus joyas hasta que...

—¿Te has vuelto loco? ¿Es «así» tu amor? Déjame reír. Yo que esperaba...

—¡Señorita Birch, á escena!—gritó el avisador.

—He de rogarte, Archibaldo, que salgas de aquí. Voy á cerrar...

—¡Ingrata!

—No discutamos... ni tengo ahora tiempo para ello. ¿Qué te habrás creído tú de mí?

—Yo te di...

—Lo menos que podías darme... Estamos en paz.

¿Qué iba á hacer Fletcher con obligaciones imposibles de atender? El caso era de los que conducen á las grandes resoluciones cegando la razón. ¿Qué determinación tomaría él?

Otras ideas ciertamente distintas de las de

Fletcher, llenaban la cabecita nimbada por la corona de azahares de Ethel Hilton, espléndida belleza de la buena sociedad neoyorquina, que había cautivado el corazón de Horace Howard, con quien iba á desposarse.

Sin embargo, ante la proximidad del matrimonio, una inquietud se alzó en la mente de la novia, menguando la justa ilusión de aquellos instantes.

Su madre se mostraba satisfecha de la excelente boda que le cabía en suerte.

—Dentro de una hora, hija mía, te contarás entre las primeras damas de la Quinta Avenida y no dudo que serás muy feliz.

—Soy de su misma opinión, mamá, pero antes de unirme á Horace me gustaría que supiera lo que...

—No, hija mía, olvidemos eso, que ha muerto. ¿A qué ir con esas tonterías á Horace? Podría no hacer caso de ellas ó tal vez darles una importancia que no tienen. Lo mejor es enterrar definitivamente ese enojoso recuerdo.

Horace y Ethel juntaron pues sus destinos sin que ella revelase el misterio que hasta breves momentos antes de la ceremonia pugnaba por salir de sus labios en descargo de su conciencia.

¿Cuál era el secreto oculto?

\* \*

Fletcher había recibido una carta del cliente que le entregó en depósito las acciones petrolíferas que él diera como seguridad de pago al exigente acreedor de quien nos hemos ocupado. Aquélla le planteaba la cuestión en forma

tan conminativa que ponía al arruinado agente de negocios en un callejón sin salida.

Estaba irremisiblemente perdido, cuando, de repente, se consideró en salvo. Su redención estaba en una nota de sociedad del periódico. Esa nota daba cuenta del casamiento de Horace Howard con Ethel Hilton. ¿Qué interés ofrecía á Fletcher esa boda?

Muy sencillo: *Fletcher había sido, hasta unos meses atrás, el prometido de Ethel.*

Bien; pero sí, por supuesto, riñeron, ¿qué podía importarle á Fletcher el que su ex novia se casara con otro?

Más sencillo todavía: *Fletcher no había devuelto sus cartas á Ethel, pretextando no haberlas conservado. Esas cartas, escritas en tono que traducía los sentimientos de una enamorada y que correspondía correctamente á las apasionadas frases del galán, podían comprometer á Ethel delante de su esposo. De modo que, sin dificultad, exprimirla la pera sabrosa que para saciar su sed le brindaba la maldad, hasta sacar todo el jugo posible.*

Mientras el *chantagista* ideaba perturbarle la felicidad incipiente, Ethel veía deslizarse los días en la suave caricia de todo el amor de su digno compañero, á través de los pintorescos lugares á donde él la había llevado para la quietud del ensueño que vivían...

\* \* \*

—Basta de juegos, Fred... Tenemos mucho trabajo...

—Ya trabajamos, Mabel...

—Eso no está bien, Fred... Ha tomado usted

mi brazo por su regla... Así no voy á poderle tomar ninguna carta.

—Es que estoy enfermo.

—¡Pobrecito!

—Púlseme usted...

—Yo no soy médico.

—¿Y está usted segura de que no sabe curar á los enfermos... del pulso?



—Basta de juegos, Fred...

—Yo no entiendo de eso.

—¡A ver yo! ¿Quiere abandonarme su mano?

—Si me la devuelve antes de ir á comer...

—Pues me parece que tiene usted fiebre. ¡Está á lo menos á 40 centígrados!

—Será el efecto del cansancio del trabajo tan pesado.

—Y yo, sin duda, no estoy á menos de 47°.

—Es indispensable que se vaya usted á pasar una temporada al Polo.

—¿Vendría usted conmigo?

—No tal. Me dan miedo los osos.

—Es cierto. Se la iban á disputar entre todos. Podríamos cambiar el destino. ¿Que le parece la gloria?

—Que está muy alta.

—¿Sí? Pues yo soy capaz de alcanzarla... si usted me ayuda.

—Soy muy débil... y le advierto que es la hora...

—¡Ah, es verdad! Así pues, suspendamos la cuerda de la gloria, tome usted muchas fuerzas, y esta tarde procuraremos escalarla. ¿Me lo promete usted?

—Yo obedeceré...

—Usted no habrá de hacer más que sostenerme...

—¿Pesa usted mucho?

—Como un suspiro. ¿No lo sabía usted ya?

—Fred... que pasa de la hora... Nunca es tarde cuando... no se tiene apetito. Y es el caso que yo le tengo... Hasta luego...

—Hasta pronto... Mabel...

No es necesario ser adivino para hacer un augurio acerca de los personajes de este diálogo. Dejemos que el tiempo nos dé la razón.

Fletcher, á pesar de la conducta observada con él por Nelly, su antigua amiga, seguía queriéndola, y, previendo que el plan concebido contra Ethel, para sacarle dinero, le daría buenos resultados, se presentó en casa de aquélla con la intención de hacer las paces y

asegurarle al mismo tiempo que volvería á estar en condiciones de someterse á sus caprichos.

Pero Nelly no estaba. Según su doncella, se encontraba en casa de su tía, enferma.

Y la «tía enferma» de Nelly era una bacanal con todos sus detalles, en compañía de una reunión que se friccionaba con champaña á guisa de agua de colonia.

De casa de Nelly, Fletcher se dirigió á la del señor Howard, á quien conocía, así como á Fred, por la amistad de su tío el notario con ellos.

Fletcher y Fred se tuteaban. Habían ido al colegio juntos y, como amigos, se debían alguna que otra atención.

Fletcher fué recibido por Fred y lo primero que aquél hizo fué elogiar el buen gusto de su padre en elegir por esposa á una dama tan distinguida como Ethel. A continuación, desviando la plática á otro sujeto, le asestó un sablazo de 500 dólares, fingiendo haber olvidado su cartera en su casa.

Después, más animado con los 500 dólares en el bolsillo, Fletcher se interesó vivamente por los recién casados é inquirió la fecha del regreso.

—En la creencia de que ya habían vuelto tus padres de su corta excursión, vine á ofrecer estas flores á la afortunada esposa.

—No habrá sido vana tu delicada intención pues esta mañana he recibido un telegrama de ellos anunciándome que llegarán hoy mismo. Por la hora que es deduzco que no se harán esperar.

—¿No vas á recibirles?

—¡Si regresan en auto, hombre!

—¡Ah, caramba!

—Espérate un poco y charlaremos. Eres caro de ver.

—Tengo muchas ocupaciones, chico.

—Muchos líos querrás decir.

—No, no, aquello se acabó.

—Discúlpame... No me había fijado que ahora tienes cara de santo.

—Siguieron platicando y al poco rato un criado vino á interrumpirles:

—El señor y la señora Howard acaban de llegar—les anunció.

Los dos amigos se apresuraron á ir al encuentro de los viajeros para darles la bienvenida.

Fletcher aguardó, algo apartado de ellos, que padres é hijo se hicieran las demostraciones de afecto propias de estos casos, y se adelantó luego á ofrecer sus votos de felicidad y las flores á Ethel.

El golpe ideado por Fletcher obtuvo un triunfo rotundo: al verle, Ethel palideció. ¿Qué significación tenía aquel galante gesto después de lo ocurrido entre los dos? ¿Sería tal vez un hecho real la duda que la acompañó hasta el pie del altar? Malo ó bueno, no comprendía como Fletcher había tenido la audacia de presentarse ante ella, en su casa, en tal circunstancia.

Para disimular, Fletcher habló con ella, comentando las bellezas de los parajes que había visitado, algunos de los cuales él conocía.

Y por un momento quedaron solos en el sa-

lón, pues el señor Howard se trasladó á su despacho para telefonar personalmente al secretario del Trust Petrolífero para enterarle de su vuelta y rogarle hiciera extensiva la noticia á los demás miembros, á los efectos de una reunión. En cuanto á Fred, él había sido el primero en ausentarse del salón para reunirse con Mabel que estaba ansiando escalar la gloria, conforme se lo prometiera él por la mañana.

Fred, animado por la dicha de sus padres, se arriesgó á la ejecución del ejercicio acrobático, y, asiéndose á la cuerda, empezó á subir hacia el cielo.

—Mabel, ayúdeme sin temor... ¿Quiere usted ser mi mujer?

—Yo... Fred... Usted puede equivocarse...

—Por favor, empújeme, que me voy á caer...

¿Sí ó sí?

—¿Su padre consentirá?...

—Oh, Mabel, ya no puedo subir más arriba. ¡Abreme tus brazos! Papá no podrá negarse porque yo te quiero con toda mi alma.

—Yo también te amo Fred.

Se enlazaron. Hacía tiempo que lo estaban deseando.

Y los sorprendió, al presentarse inopinadamente en el despacho, el señor Howard.

No le pareció interesante la escena al potentado y ordenó á su hijo que lo dejase solo con la taquí-mecanógrafa.

—No, padre, lo que has visto no denota ligereza por parte de Mabel... Es que nosotros también queremos casarnos.

El señor Howard recriminó con la mirada á

su hijo y con aire despectivo movió la cabeza en sentido negativo.

—Ten presente, padre, que yo he dado mi palabra de casamiento á Mabel... y que soy un Howard. Debo cumplirla.

Insistió en su muda negativa el padre, provocando en Fred, por primera vez, la desobediencia.

—Nos amamos, Mabel, y te aseguro que me casaré contigo... Retirémonos... Mi padre lo pensará mejor si en algo me estima.

Salieron disparados, sin que el señor Howard se inmutase. Era un carácter férreo.

Mientras su esposo telefoneaba al Trust, Ethel pasaba por la mayor amargura en presencia de Fletcher, quien, al fin, cesando en sus alardes de turista vertió este veneno en el alma de ella:

—Tengo cartas en mi poder que quisiera devolverla.

Sobreponiéndose a la indignación, Ethel, temerosa de ser oída, murmuró:

—Mañana... en casa de mi madre.

Fletcher marchóse en seguida y apenas hubo salido de la casa, Ethel telefoneó á su madre que fuera inmediatamente á verla, pues la necesitaba.

Fred, dispuesto á llegar al alma de su padre por todos los medios, se acogió al que indudablemente era más poderoso, ó sea Ethel.

—Deseo casarme con Mabel. Nos queremos lo bastante para ello. Por tú felicidad, ¿quieres hablar en nuestro favor á papá?

—¿Por qué no? Tu padre está en su despa-

cho ¿verdad? Ven conmigo y oirás, desde la habitación inmediata, lo que me responderá.

Así lo hicieron.

Y Fred oyó:

—Horace, sé que has tenido unas palabras con tu hijo y eso no me parece muy bien. Puesto que la joven es buena, no veo inconveniente en que Fred se case con ella.

—¿Hasta tí llegó ese estúpido con su capricho raro?

—No lo niego... He prometido á Fred interceder en su favor y vería con gusto su boda.

—Pues bien, mujercita mía, no puedo serte agradable y creo que no debes guardarme rencor. El matrimonio de Fred con mi *secretaria*, es imposible. No queremos elementos extraños en la Quinta Avenida.

Fred, no pudiendo contener sus nervios, apareció impetuosamente.

—Oyeme bien, padre: quieras ó no, hoy mismo me casaré con Mabel.

Ethel se puso de por medio temiendo una réplica de su esposo. Sin embargo, éste, tranquilo, exclamó:

—¡*Muchas felicidades!*

Y después de marcharse su hijo, anuló los poderes que le confiriera, desinteresándose de este modo de cuanto se relacionara con él.

La madre de Ethel acudió en protección de la hija.

—Fletcher me ha dado á entender que exige dinero á cambio de las cartas y yo no dispongo de cantidad alguna...

—Ese hombre es un canalla, hija... Todo antes que revelar la verdad... Vale más que pi-



..Ethel pedía "*dinero para su madre*" recibiendo un cheque de diez mil dólares.

das dinero á tu marido diciéndole que es para mí.

Pocos minutos después, mientras Fred llegaba en casa de Mabel y, combatiendo la tristeza de la negativa paterna, la informaba que



—Fletcher me ha dado á entender que exige dinero...

iban á casarse antes de la noche, Ethel pedía á su esposo "*dinero para su madre*", recibiendo un cheque de diez mil dólares.

\*  
\*\*

Mabel y Fred dieron forma real á sus de-

seos y su hogar tenía el encanto de lo nuevo y de las más risueñas esperanzas para el resto de sus días.

Conforme había sido convenido la víspera, Fletcher se presentó por la mañana del siguiente día en casa de la madre de Ethel y ésta, ahogando en su garganta las palabras que afluan á ella para condenar la infamia del villano, le hizo entrega, sin diálogo ni preámbulo alguno, del cheque que la diera su esposo.

Fletcher, dueño de la situación, aparentaba ignorar la tragedia del alma de Ethel, y no pensó darle tan pronto la libertad.

Y la objetó, al leer el cheque:

—¿Solamente diez mil dólares?

—¿Le parece á usted poco esa cantidad? ¿Acaso le costaron algo esas cartas? Es usted, de lo malo, lo que jamás podía pensar.

—No se ponga así, Ethel. En todo caso, reconózcalo sinceramente, gracias á mí es usted la mujer más envidiada del barrio más aristocrático de Nueva-York... por la incalculable riqueza de su esposo.

—Haga usted el favor de reprimir sus consideraciones... que no me interesa conocer. Vayamos por lo nuestro. Me hallo en presencia de un canalla y no es cosa de perder el tiempo. ¿Qué pide por la restitución de esos papeles?

—Cuando los escribió usted, con lindas frases, no me trataba así. Es un error. Podríamos ser amigos. Seamos lógicos. Si usted se hubiera casado conmigo, habría sufrido las consecuencias de mi ruina y á buen seguro que, avezada á una repantigada existencia, no hu-

biese sido dichosa á mi lado. Pues bien; si yo, indirectamente, la he deparado una brillante ocasión para ocupar uno de los primeros eslabones de la cadena social, opino que usted, en justa correspondencia, debiera reconocer que no exagero al pedir un poco de su suerte, de su protección. Manera de equilibrar mis negocios: vender unos valores que usted misma me dió.

—Le he escuchado, Fletcher, y además de odio, siento por usted compasión y repugnancia. Podría negarme á sucumbir á su amenaza de revelar esas cartas á mi esposo para que viera que antes que á él dije á otro hombre que correspondía á su amor, segura como estoy de que sabría contestar al inícuo proceder de usted, pero prefiero, aun á costa de muchas amarguras, no turbar su tranquilidad, ahora más que nunca, cuando complejos asuntos absorben toda su atención. Me vence usted pues, no por temor á mí misma sino por él. Diga pronto lo que pide y acabemos ya.

—No me desagrada esa rapidez y pues así lo desea, concretemos: necesito para mañana cincuenta mil dólares... y la dejaré en paz.

—Es usted un monstruo... y le aborrezco; ¡oh cuanto le odio!

—Mejor... Así tendrá usted más interés en entregarme el resto del dinero para que no nos veamos más. Adiós, Ethel... Reflexione usted que es mutuo el favor.

—El plazo para el pago es insuficiente. ¿Cómo voy á reunir 50.000 dólares para mañana?

—Me fijo en algo que vale mucho más... su collar. Hoy día se fabrican falsos collares tan

buenos que su autenticidad no se aprecia fácilmente.

—Este collar es el regalo de boda de mi esposo.

—Horate no notará el cambio y puesto que él se lo dió para hacerla feliz, usted no comete ningún crimen enajenándolo para mantener su felicidad. Es mucho más sencillo de lo que puede creerse.

—Le aseguro que me pasma su sangre fría. Supo usted bien engañarme con falsas palabras. En fin, quiero saldar con toda urgencia nuestra cuenta. Mañana nos veremos... pero no aquí. La servidumbre podría comentar torcidamente sus visitas.

—Venga á mi casa. Para el canje, poco tiempo permanecerá usted en ella... y puede acompañarla su madre.

—Para ciertas cosas me basto sola. Tengo mayor sentido de la dignidad que usted.

—Hasta mañana, pues.

Por su parte, Mabel y Fred veían aparecer entre el color de rosa de su fantasía, la obscura realidad. Escasamente para los gastos de la boda é instalación en el hogar de Mabel transformado en hogar común habían alcanzado los fondos que Fred llevaba en su cartera cuando se marchó de la casa paterna.

El porvenir no irradiaba promesas y era apremiante contar con un ingreso regular y fijo. Con tal objeto, salió Fred en busca de una colocación.

Y sus primeras tentativas fueron estériles.

Y la tristeza, sin piedad para los tiernos desposados, intervino en su vida, velando la

luz maravillosa de los ojos de ella y la vehemencia del galán, oprimido por la pobreza y sin energías para imponerse á la hostilidad de la dicha que pedía un esfuerzo para consolidarla por sí mismo, pues la opulencia en que viviera hasta entonces le limitó la vista á la frontera que alzaba un muro á las preocupaciones humanas.

Anocheía.

Ethel, indecisa á prestarse á seguir el consejo de Fletcher vendiendo el collar de perlas de su esposo y cambiándolo además por una imitación impecable, se sometió al consejo de su madre. La buena mujer, para evitar trastornos en la corriente apacible por que se deslizaba la existencia de su hija, se avino á que se separase del valioso presente de su esposo con tal de recobrar las comprometedoras cartas, muchas de las cuales, sin fecha, podían considerarse como escritas recientemente.

Era la única solución para derribar á un temible adversario, pues la situación de fortuna de la madre de Ethel no permitía reunir ni la mitad de la suma pedida por el rescate de la libertad de su hija. Pedirle el dinero á Horace, era inútil pensarlo sin exponerse á dudosas explicaciones con él.

Y el collar pasó á otras manos, comerciantes y avarientas, que pagaron por él poco, pero bastante para el caso.

Y por la noche, al momento de recogerla en su salón su esposo para acompañarla al teatro, Horace Howard notó que Ethel no lucía el collar.

—He enviado las perlas á un joyero... Las están montando de nuevo.

Ni la más ligera sombra de duda se asomó al pensamiento del financiero. El pretexto invocado para justificar la falta del collar era muy aceptable.

\*\*\*

Clareó sin entusiasmo para Mabel y Fred.



—He enviado las perlas á un joyero....

El fracaso de las voluntariosas gestiones de Fred para colocarse en alguna parte, llenaba de melancolía el pecho de los jóvenes esposos. Más, de súbito, la remembranza del préstamo que hizo Fred días atrás á Fletcher, puso una nota de alivio á su depresión moral.

Y pensó solicitar al amigo la devolución del favor.

Pero, por un extraño escrúpulo no quiso ser él personalmente quien le recordase el débito. No sabría cómo empezar. Jamás se había visto ante un caso tan violento.

Y delegó á su esposa, opinando que Fletcher, al corriente de lo sucedido, se haría cargo del apremiante motivo de la reclamación del dinero prestado.

Mabel se personó pues, por la tarde, en casa de Fletcher, precisamente la misma tarde en que debía acudir Ethel á hacerle entrega de los cuarenta mil dólares restantes, y precisamente en el momento en que Fletcher tenía la visita de su «amiga» Nelly, la bailarina, que, segura de su amor y amándole también á su manera, había ido á saber de él, á quien, á pesar de sus manifestaciones, no creía arruinado. Y esta creencia de Nelly la confirmaba la llegada de Mabel, á la que tomó por su nueva «amiga». El desvío de Fletcher se explicaba, para ella, con esa razón.

Para recibir á Mabel, Fletcher hizo pasar á Nelly á una habitación contigua.

Mabel expuso el motivo de su visita en forma muy discreta y como Fletcher no tenía aún dinero, la contestó que volviese al día siguiente para satisfacer su petición.

Nelly, entretanto, encontró encima de una mesa de la habitación en que se hallaba, una cajita. Las cartas y la fotografía de Ethel eran su único contenido. Fletcher las había preparado para remitírselas á Ethel contra el dinero.

Celosa de Ethel, que se imaginaba era Mabel, ó sea la mujer que estaba con Fletcher en aquel momento, salió á su encuentro en la escalera cuando la oyó partir, sin ser vista, y la comparó con el retrato.

No era ella y se disculpó por su brusquedad. Pero, al objeto de saber el motivo de la visita de Mabel á Fletcher, Nelly se alejó con ella



Mabel expuso el motivo de su visita...

acompañándola hasta asegurarse de que no se trataba de una rival.

Le quedaba sin embargo la convicción—por las cartas comprometedoras—de que Ethel, la del retrato, era la causa de la indiferencia en que la tenía á ella Fletcher.

Y Mabel, al reconocer á la madrastra de su

esposo en la fotografía que le había mostrado Nelly, pasó por el dolor de un falso concepto de su conducta.

Sin embargo, no diría nada á Fred prefiriendo, si la duda se confirmaba, tener una entrevista con Ethel misma para defender la tranquilidad de sus respectivos hogares.

De la desaparición de las cartas y del retrato no se dió cuenta Fletcher hasta que llegó á su casa Ethel con el dinero.

En efecto, entró en la habitación donde había dejado á Nelly en espera, y conjuntamente notó la desaparición de ella y de los documentos.

Chasqueado no pudo cumplir la palabra que diera á su ex-novia, á quien prometió avisarla tan pronto hallase las cartas desaparecidas.

—¡Farsante!—exclamó Ethel—. Si esta es una nueva combinación para pedirme más dinero, le prometo por mi honor que no aceptaré más exigencias.

Y marchóse Ethel temblorosa é inquieta por la sustracción de sus cartas en casa de Fletcher.

Convencido Fletcher de que la autora de la usurpación de las cartas y el retrato sólo podía ser Nelly, acudió á su casa.

—¿Dónde has guardado las cartas?—le preguntó.

—Te lo diré si me prometes no volver á escribir á tu «amada»...

—No seas necia, Nelly. Esa mujer está casada y me ha ofrecido cincuenta mil dólares por la restitución de esas cartas que me escribió en otro tiempo.

—¿No la amas aún?

—Eres ridícula y egoísta, Nelly. Para que veas que no te guardo rencor, dame esas cartas y te cedo una parte de mi premio. Podremos amarnos, con toda comodidad, durante algún tiempo.

—Toma las cartas... La fotografía no. Te la devolveré cuando me entregues el dinero.

Fletcher conocía bien á Nelly y accedió á sus deseos para asegurarse su complicidad.

De nuevo en posesión de las cartas, Fletcher avisó por teléfono á Ethel, y ésta, profundamente disgustada por el chasco recibido, acudió al día siguiente por la tarde, por segunda vez, no sólo provista del dinero, sino también de un revólver que Fred guardada en una vitrina de su cuarto de soltero.

Aquella tarde debía Mabel visitar á Fletcher para recoger los 500 dólares prestados á éste por su esposo.

Primero llegó Mabel.

Fletcher, lejos de entregarle la citada suma, pretendió abusar de sus encantos y la joven defendióse con más ahinco al pensar que aquel hombre era el «amigo» de la madrastra de Fred.

Y le echó en cara su doble infamia.

Pero Fletcher, ser perverso, sonrióse con la ironía de Maquiavelo y persistió en sus arrebatos pasionales.

Hasta que Mabel pudo escapar.

Y en llegando á su casa enteró de la osadía de Fletcher á Fred, quien voló á pedir una explicación al falso amigo.

Poco después de haberse marchado Mabel se presentó Ethel en casa de Fletcher.

El villano pretendió también ejercer en ellas sus artes de seducción y Ethel, comprendiendo que su ex-novio no se contentaría con el dinero para devolverle las cartas, le mantuvo á raya, amenazándole con su revólver, y huyendo después aterrorizada.

Fred fué el tercero en visitar á Fletcher. Estaba excitado por la ofensa hecha á su esposa. Pero su cólera extinguióse instantáneamente ante el cuadro que contemplaron sus ojos.

En medio de la estancia yacía tendido boca arriba el cadáver de Fletcher, teniendo á su lado un revólver.

Sorprendido por el ama de llaves de Fletcher, que llegaba en aquel momento de la calle—pues él la mandó á hacer compras para poder recibir solo á las damas—, todas las sospechas recayeron sobre Fred, y avisada por aquélla la policía, fué inmediatamente, sin sospecharlo, detenido como presunto autor del crimen puesto que él mismo, extrañadísimo, acababa de reconocer que el revólver que humeaba aún al lado del cadáver, era suyo.

El ama de llaves aportó ciertos datos á la justicia.

Y como en la indagatoria instruída en los primeros momentos había muchos puntos obscuros, se citaron á declarar á Mabel y Nelly.

Horace Howard y su notario, tío del difunto agente de negocios, hicieron todo lo posible por esclarecer el hecho. Para el primero lo que interesaba era el honor de su apellido; para el segundo, conocer los móviles del ase-

sinato de su sobrino. Ninguno de los dos creía á Fred culpable... pero nadie se explicaba que el crimen se hubiese cometido con su revólver.

Y menos aun creyeron que Mabel—que se declaraba culpable ante el juez, para salvar á su esposo... y á Ethel, á quien creía seriamente complicada en aquel asunto—, era la homicida.



...se citaron á declarar á Mabel y...

Ethel no pudo aceptar ni por un momento la idea de tolerar que fuese condenado un inocente y reveló á su esposo la verdad, cuando éste, afligido, se preguntaba:

—¿Qué mano misteriosa ha cogido el revólver de mi hijo?

—Horace... ¡Yo he sido! Escúchame un mo-

mento y tal vez puedas ver claro en el asunto:

*Yo estuve prometida á Fletcher hasta que un revés de fortuna obligó á mi madre á vivir sin ostentación, pues al poco tiempo de nuestra semi-ruina Fletcher me dijo:*

*"He sido informado de su situación económica y retiro mi palabra de casamiento."*

*Si se puede admitir que mi corazón inexperto se dejó llevar por las palabras —nuevas para mí— del astuto Fletcher, hasta hacerme creer que le amaba, al conocer sus intenciones le cobré un odio que sólo una mujer puede comprender.*

*Para recuperar ciertas cartas con que intentaba comprometerme delante de tí, acepté pagar una suma crecida; fui á su casa, disputamos, me negué á pagar sin todos los documentos, cayó mi revólver al suelo, hui... y no sé más.*

—Ese hombre era un mal sujeto y creo en tí, Ethel. Ahora, es preciso repetir tu confesión á la justicia. El caso es muy obscuro.

Así lo hizo Ethel y el juez podía admitir que el revólver se disparó al caer al suelo, matando á Fletcher, cuando Nelly, compareciendo á declarar, dijo que al marcharse Ethel de casa de Fletcher, éste aun vivía y trató con él de diversos asuntos.

Quedaba por despejar la incógnita de la culpabilidad o irresponsabilidad de Fred.

Pero también se demostró su inocencia por las aseveraciones del cliente de Fletcher, á quien éste entregó en prenda las acciones petrolíferas, el cual, enterado del suceso, se apresuró á ayudar con su opinión á la justicia. Pa-

ra él no había duda de que se trataba de un suicidio.

—Hoy mismo debía Fletcher liquidar una cantidad importantísima y, no pudiendo hacer frente á los vencimientos, no le quedaba otro camino que el suicidio —dijo.

Así lo reconoció por último la justicia, poniendo en libertad á los detenidos.



Y todos se prometían ser muy felices.

Momentos después la paz renació en los espíritus.

Ethel volvía á otra vida...

El señor Howard, olvidando su rigor, acogió en sus brazos á su hijo y á Mabel, la sublime esposa que estaba dispuesta á sacrificar su vida para que no se manchase en los regis-

tros policiacos el ilustre apellido de su marido.

Y todos se prometían vivir muy felices.

Y Mabel, abrazándose con ternura á su esposo, estaba emocionada al sentir bajo sus pies el suelo firme de la Quinta Avenida, en cuyo seno era de derecho admitida, si no por su rango aristocrático, por su arraigada nobleza.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

**PRÓXIMO NÚMERO**

## EL DUODÉCIMO MANDAMIENTO

interesantísima comedia interpretada por la gentil ETHEL CLAYTON.

La igualdad en el matrimonio  
protege la felicidad.

¡ÉXITO!

Postal-fotografía:

**HOPE HAMPTON**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES

PRECIO 25 CTS.

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa